

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al tratar de «la vida contemporánea» tratemos alguna vez, y aunque sólo sea incidentalmente, de la muerte contemporánea, de los accesorios que la rodean y acompañan. Y séame permitido declarar que no conozco nada más feo, nada más frío y convencional, que todo lo referente a pompas fúnebres.

Las consabidas carrozas de gala, con sus jaces y sus lacayos «a la Federica», pertenecen al género grotesco, de zarzuela barata y compañía de la legua. Cuanto más ostentosa es una de esas carrozas o «coche estufa», más ridícula la encuentro.

Las coronas fúnebres tampoco han llegado a persuadirme y, ante todo, encuentro que se prodigan de una manera inconsiderada. ¿Qué significa una corona fúnebre? Sin duda algo de distinción entre muerto y muerto. La Iglesia Católica, con su profundo sentimiento de la igualdad de las almas ante la vida futura, concede a los fieles, sin categoría, las mismas preces, los mismos sufragios. Pero la antigüedad pagana, en su sentido enérgico de la gloria y grandeza, no brindaba sino a los muertos ilustres las palmas y las coronas que significan la victoria sobre el olvido y la indiferencia de las edades venideras — la fama póstuma. Nosotros lo hemos arreglado, cubriendo de coronas todos los féretros, sean de quien fueren, sin preguntar lo que la corona representa. La prodigalidad en las coronas responde a la de las estatuas. Grima da ver qué estatuas se erigen. Cada época y cada pueblo tienen las estatuas que merecen tener...

Volviendo a las coronas, diré que son una costumbre excelente para que prosperen determinadas industrias, floristas, quincalleros, etc. Todavía las coronas de flores ofrecen algo de poético, mucho de perfumado, no poco de grato y simpático a los ojos; pero las otras! Las de siemprevivias, término medio entre la flor y la quincalla, son una especie de bacalao o conserva floral de lo más antipático que se conoce. Luego aparecen los pensamientos artificiales, lúgubres, que suscitan la imagen de una cabeza llena de ideas vulgares sombrías; las violetas, sin aroma, tiesas, convencionales; las variaciones de la gasa, la pluma y el canutillo, que recuerdan las labores cursis y amaneradas de los colegios de señoritas; los folajes de zinc, aluminio y otras parodias de preciosos metales; y ni por casualidad, entre tanto *cliquant* mortuorio, asoma algo bello, algo original, rico y espontáneo que sea fruto del sentimiento propio y no de la rutina comercial de la tienda. La gente va a comprar su pena y su recuerdo, fabricados ya según formulario a precios altísimos, porque una de las reglas fijas, en la materia de que trato, es que todo lo necesario para que nos envíen decorosamente a nuestra última morada, debe costar las setenas, y el saqueo lícito es una de las costumbres más arraigadas en tan tristes casos.

Pareceré muy anticuada en mi criterio. Considero más respetuoso, más noble, el viejo sistema de llevar a hombros el despojo que vamos a entregar a la tierra madre. Ese último tributo de cariño lo reciben personas a las cuales algún lazo de amistad, alguna relación de compañerismo o siquiera de dependencia unió con el fallecido. Es menos venal, o no es venal en absoluto, tal modo de conducir; y no caben los desacatos de los sepultureros y acompañantes de oficio, fumando, profiriendo interjecciones, y hasta subiéndose a la carroza para ir cómodamente sentados sobre el ataúd — apenas creen que nadie los verá, que nadie defenderá contra la profanación el pobre cuerpo que ya se aparta del ruido mundano... Yo he visto en Madrid, muchas tardes, dirigirse las carrozas, las humildes, de tercera o cuarta clase — no sé nunca distinguirlas categóricamente —, a las apartadas necrópolis. Y he sentido indignación, tristeza, cólera, al ver como — habiéndose retirado ya los que tenían un deber, familiar o moral, de velar por los restos —, los enterradores se conducían lo mismo que

puede conducirse el carretero que portea seras de higos o sacas de cebada para el mercado...

La costumbre francesa, de que los parientes más próximos vayan con el muerto hasta el cementerio mismo, y no le abandonen sino cuando ha sido depositado en paz, la encuentro más tierna, más natural que la española, — hablo de generalidades, ya sé que hay excepciones de quedarse en casa. Esa compañía hasta el último instante, significa el deseo de no separarse, sino cuando no hay otro recurso, de la persona querida.

En las grandes ciudades, estas ceremonias postreas revisten un carácter de frialdad mayor que en los pueblos pequeños y en el campo. En el campo sobre todo, se me figura que los entierros son cristianos y corresponden a la solidaridad humana. Los que juntos viven se congregan para acompañar y honrar al que con ellos vivió también, al vecino, al hombre de su parroquia. Todos ponen el hombro, y, los que no llevan el peso de la caja, descubiertos, callados, zapa-teando por los senderos, siguen al que desaparece, como desaparecerán ellos, a su vez, cuando les toque su turno fatal. No por eso diré que no tengan un sello primitivo las costumbres aldeanas en estos casos. Existe, en gran parte de la Península, el ágape o banquete fúnebre, lo cual procede de los tiempos más remotos. En la *Iliada*, Aquiles, en las exequias de Patroclo, por sus manos despedaza la comida, asa los terneros, reparte la vianda. Se liba «el negro vino» mezclado con las lágrimas de dolor. El instinto dice quizás a aquellos guerreros homéricos que la vida se parece a la muerte, como se parecen dos hermanas gemelas, que naciesen abrazadas; y que la vida se sostiene por la destrucción, mientras la muerte engendra nueva vida, en su oscuro trabajo de descomposición de la materia orgánica. Así, ante la muerte, no renuncia la vida a sus imperiosas exigencias, y el desfallecimiento pide reparación.

El banquete funerario responde al cumplimiento de esta ley ineludible. El dolor cortará el apetito a los muy allegados, pero los demás, conocidos, amigos no pueden menos de sustentarse; y con el sustento, viene esa alegría puramente instintiva, sin causa ni razón, explosión de la vida, triunfante y tenaz. No hay pues que escandalizarse nimiamente por lo que ocurre en los banquetes fúnebres, que con tanta viveza de colorido retrató Sudermann en su hermosa novela *El deseo*.

En los banquetes fúnebres se suele beber, porque hay una sombra, una congoja en el fondo del corazón, y el vino y los licores la ahuyentan. El hombre necesita olvidar; olvidar las fatalidades del destino, las amenazas de la enfermedad, que preparan las vías de la muerte; el hombre es pequeño, débil, está rodeado de asechanzas y peligros... y busca, en pasajera excitación, una tregua a sus involuntarios terrores. El sentir alrededor el hálito frío de la Segadora, impulsa — ¡quién lo diría! — a comer y a alzar el vaso. Ello es así. No conviene reprobar lo que impone la naturaleza, lo que dondequiera sucede. Más bien debemos compadecer nuestra condición. ¿Quién mueve toda esta mecánica de progreso, industrias, tráfico, labranza, trabajo, oficios, profesiones?... La estricta necesidad de nutrirse, es decir, la vida que quiere sostenerse, que lo manda, que lo impone con fuerza apodictica.

Y he ahí cómo esas rudas costumbres aldeanas tienen completa explicación y justificación, dentro de una filosofía elemental pero rebotante de realismo. Por algo, en las regiones heladas que Sudermann describe y en las templadas que yo pudiera describir, al entierro sigue el banquete, al eterno adiós del espíritu de reconciliación con la humilde materia que reclama su combustible, el aceite de la humosa lámpara.

Polvo, ceniza, nada somos..., dicen los libros santos y dice la reflexión más sencilla.

En vez de coronas, a la inmensa mayoría de los que mueren deben consagrarse sufragios y oraciones. Si creemos, porque creemos; y si no creyésemos, porque creen las familias, y porque el muerto creyó. Y creen todos los que van a morir; y no sólo creen, sino que experimentan, al creer, un consuelo y un gozo — el último... Al caer en la sima que va a tragarnos, el labio murmura una súplica, pronuncia o balbucea un nombre. Y este nombre, sólo en casos de horrible desesperación sería el de Satanás; y si fuese el de Satanás, al confesar a Satanás se confesaría a Dios. Es, pues, el aspecto religioso, el más religioso, el que deben revestir todas las ceremonias fúnebres. Se gasta demasiado en pensamientos de terciopelo, en abalorio negro y blanco, y poco en misas, en ceras, en limosnas, en lo que (aun cuando nos olvidásemos del alma) sería más grave y más bello, más impregnado de veneración.

Los amigos que envían coronas, ¿por qué no ha-

bían de decir misas, de hacer una caridad — una caridad bien estudiada, inteligente, no un limosneo a bulto — en memoria del que amaron?

V, ¡cuánto habría que decir sobre lápidas, mausoleos, inscripciones, monumentos, lo que se ve en las necrópolis, sobre todo en las más opulentas y rellenas de difuntos que fueron ricos! La estética y el sentimiento suelen faltar, sobrando el dinero y el aparato. Ante esas ostentaciones me parece hermosa la tierra donde crecen plantas silvestres, libremente, al sol...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.